

APUNTACIONES PARA EL ESTUDIO DE LA ANTROPOLOGIA

(Continuación. V. el número de abril de esta REVISTA).

Restos fósiles de Trinil. Los restos fósiles de este yacimiento son: segundo molar, fémur y bóveda craneana. Sobre estos fósiles se han omitido las opiniones más opuestas y contradictorias. Mortillet, Houzé, el abate Breuil, Gaudry, Duval y el abate Moreaux y otros distinguidos paleontólogos están en el desacuerdo más grande sobre si dichos fósiles son de un mono o de un hombre.

Claro es que aquí ha cabido de lleno la idea de que pertenecen al sér intermedio entre el hombre y la simia; pero esta opinión contradicha por los más eminentes antropólogos apenas sí ha sido iniciada de una manera muy tímida por algunos partidarios de la escuela neomonogenista y de la escuela poligenista.

El cráneo de Olmo. En 1863 en una excavación de Olmo (Arezzo) junto con un sílex tallado en punta, la mandíbula de un caballo y un colmillo de elefante, encontróse un cráneo que Quatrefages sostiene que es femenino y sobre el cual se han emitido, además, muchos pareceres. D'Acy dice: «que está demostrado que la edad geológica del cráneo de Canstandt y de Neanderthal es absolutamente desconocida» pero por lo que respecta a la de Olmo «pertenece al momento que ha precedido a la última extinción de los glaciales, a la fase interglacial; que ninguno de los restos humanos descubiertos hasta ahora pueden compararse en antigüedad con el cráneo de Olmo.» (D'Acy. Los cráneos de Candstat, de Nantherthal y d'Olmo). Pero no obstante esa categórica declaración, opinan de distinto modo

los demás antropólogos, entre ellos el mismo Mortillet, autoridad irrecusable en la materia. (La F. Prehis. pg. 28). En este punto la opinión de Mortillet parece exacta: se trata de un cráneo de las más antiguas formaciones del cuaternario.

El cementerio de Solutré. Hé aquí cómo explica Cartailhac la existencia de restos en este yacimiento. «El cementerio de Solutré comprende sepulturas de épocas muy diferentes: son de la merovingia, de la romana y de la neolítica, otros de edades desconocidas. Es muy posible que aquí y allí se encuentren esqueletos de cazadores de renos, sin que haya medios para reconocerlos y clasificarlos con seguridad. El criterio estatiográfico y arqueológico falla y los indicios de la craneología son insuficientes» (Cit. Vigil, loc. cit. pag. 230).

Y el doctor Larot se expresa así: «Es la raza de Solutré, hermosa, fuerte y dolicocefala, la primera entre las razas antiguas que adoraban a Dios y enterraba a sus muertos y se aproxima por su civilización y cultura a los tiempos de la civilización neolítica.» (Id. id. pag. 230. Ducrot, La Station de Solutré).

En resúmen: son restos humanos del cuaternario que indican todo lo contrario de una inferioridad primitiva y esencial de la especie humana.

La misma conclusión impone el estudio de los restos de Arcy, Gourdan, Petit Puy Moyon, de la gruta de Cazavet, Malarnaud, Isturitz y Maestrich. No incluimos en esta lista la célebre mandíbula de Moulin Quignon, introducida en la clasificación prehistórica por Boycher de Perthes y que resultó apócrifa, según el testimonio de todos los paleontólogos ingleses, a pesar del capricho que han manifestado sobre el particular algunos naturalistas franceses.

Después de esta larga enumeración y análisis de

hechos presentados por las ciencias auxiliares de la Antropología, cabe concluir las siguientes tesis:

I.—Todas las pruebas que los transformistas, de toda especie y calidad, han presentado para sustentar la descendencia simia del hombre, han resultado o insostenibles o falsas.

II.—No apareció el hombre sino en la época cuaternaria.

III.—La especie humana es una sola especie; distinta de todas las otras especies, según caracteres inmutables y esenciales e hizo su aparición en este mundo de una manera súbita y repentina.

Podemos, pues, establecer que el hombre no apareció sino en la época cuaternaria; pero la fecha precisa de su aparición en este mundo es, hasta hoy, un problema que la ciencia no ha podido resolver y hasta tal punto parece irresoluble que muchos teólogos y sabios naturalistas sostienen que eso no lo podremos saber, si Dios no se digna revelarlo. La cronología bíblica, la más antigua de todas, ha sido interpretada de distinta manera por los doctores de la Iglesia, pues unos fijan 6.000 años otros 8.000 y algunos hasta 18.000 desde la aparición del primer hombre.

Esta materia ha sido admirablemente tratada por el cardenal Ceferino González en su discurso ante el primer Congreso Católico nacional español.

El primer hombre, creado por Dios del limo de la tierra y que súbitamente apareció en la tierra, fue creado en toda su integridad y perfección. Aludiendo a ésto, dice Barthelemy de Saint Hilaire: «Una de dos: o el hombre principió como hoy o principió de otra manera; o nació adulto o nació niño. Por lo que a mí toca, creo firmemente que en el origen de las cosas, el hombre nació adulto y tan perfecto como puede serlo. La razón es porque el hombre adulto se basta a sí mismo y

puede vivir, mientras que si hubiese nacido en estado de infancia, hubiera infaliblemente perecido. No es más comprensible la creación de un adulto que la de un niño; mas ya que naturalmente sea tan imposible una cosa como otra, concíbese que el género humano haya podido perpetuarse si el primer hombre fue adulto, mientras que no hubiera subsistido ni un día si suponemos que el primer hombre fue un niño, con todas las debilidades y peligros que rodean a la infancia abandonada a sí misma. En la hipótesis del adulto, hay un solo misterio o si se quiere un solo milagro; en la hipótesis de la niñez, hay dos: el origen y la conservación. La ciencia, guiada por la lógica, debe, por tanto, aceptar en este punto la solución del Génesis, no a título de dogma, sino en nombre de la razón que no puede resolverla ni menos declararla cuestión indiferente, porque la ciencia sólo debe detenerse en donde se detiene la razón y creo que la razón puede llegar hasta esa indicación extrema partiendo del hecho incontrovertible y casi natural de que el hombre nació adulto porque el adulto puede bastarse a sí mismo.» (Aut. cit. Journal des Savants).

Dentro de las leyes de la evolución antropológica, debe aceptarse que el primer hombre era un sér perfecto en cuanto a su naturaleza física, fisiológica y psicológica.

No se concibe que un semi-idiota o un salvaje puro, de caracteres rebajados, diera origen a toda una especie tan selecta y progresiva como es la humana; así como es imposible que hoy, no obstante los adelantos de la medicina y la cirugía, se logre de padres anormales y degenerados, fundamentalmente minados, una familia robusta, perfecta y verdaderamente selecta.

Sentado esto, nos queda de resolver de este primer capítulo de nuestras apuntaciones el siguiente importantísimo problema: ¿Cómo se explica la decadencia o

degeneración, no del primer hombre, que era perfecto, sino de los primeros o casi inmediatos descendientes de Adán, cuyas huellas han quedado en los míseros utensilios de la edad de piedra y en los cráneos y mandíbulas rudimentarias de las estaciones o yacimientos de que ya hicimos una reseña en las líneas anteriores?

ARTÍCULO

*De las causas de las variaciones individuales
en la especie humana*

La especie humana no presenta, como ninguna otra especie animal, una absoluta igualdad e identidad individual en los caracteres específicos. Vamos a estudiar las causas de estas modificaciones. En una palabra, tenemos ante nosotros la importante cuestión de la degeneración o decadencia de la especie en alguna de sus razas e individuos.

Importa, ante todo, fijar con precisión este concepto: ¿qué se entiende por degeneración?

El concepto de degeneración, al menos en su aplicación más corriente, parece algo intermedio entre la salud y la enfermedad. Pero este concepto, así aplicado, es obscuro y confuso, porque se puede encontrar el caso de un tipo enfermo que no esté degenerado, y viceversa.

Morell, en su clásica obra, ha dado de la degeneración la siguiente definición descriptiva: «La idea más clara que podemos formarnos de la degeneración, es representárnosla como una desviación de un dado tipo primitivo. Esta desviación enfermiza, por simple que se la suponga en su origen, encierra elementos de una transmisibilidad de tal naturaleza que el que la lleva en germen, llega a ser cada vez más y más incapaz de cumplir su función en la humanidad, y el progreso intelectual, ya muy rudimentario en su persona, llega

a estar fuertemente amenazado en las personas de su descendencia.» (*Traité de Dégènerescences*. pág. 5 ed. París, 1857).

Esta definición contiene las siguientes importantes ideas sobre las cuales debemos fijar nuestra atención: «desviación enfermiza,» «tipo primitivo» y amenaza «para la descendencia.»

El concepto de «desviación de un tipo primitivo» indica para Morell que el individuo degenerado se ha apartado, se ha desviado, del curso general que sigue el resto de la especie a que pertenece, o bien que se ha detenido en medio de ese curso natural, sin seguir las leyes del progreso y movimiento vital.

«El tipo primitivo,» es un concepto que no tiene sentido para los biólogos transformistas, pues ellos no pueden aceptar, como Morell, un tipo fijo, creado *ab origine*, como cabeza de una especie. Para Morell, el hombre del Génesis será el tipo humano por excelencia y la pérdida o decadencia de esos caracteres primitivos equivaldrá a la degeneración de que él habla.

Mas, como es difícil precisar la naturaleza de ese tipo primitivo y como la historia de nuestra especie nos presenta de manera muy enmarañada los hechos degenerativos, la concepción de Morell, aunque muy filosófica, haría casi imposible el discernir y el buscar los hechos degenerativos, pues no tendríamos puntos de referencia, que son de absoluta necesidad cuando se trata de la degeneración de las especies.

Para subsanar los defectos apuntados, se ha echado mano de esta otra idea: «tipo medio de la especie,» que se aplica como una abstracción, como un símbolo. Pero, como apunta Morselli, para conocer el tipo medio de una especie sería preciso conocer los dos extremos de la serie, conocimiento que no tenemos. De donde se deduce que prácticamente hablando ese con-

cepto no es tan claro como el primero y tiene además los mismos inconvenientes. Por esto, el mismo Morselli ha llegado a esta conclusión: «que el tipo medio no existe en la naturaleza; sino que únicamente existe en individuos más o menos semejantes entre sí y cuyas variaciones, al sumarse, dan la manifestación objetiva de la variabilidad potencial del organismo humano.» De donde deduce él, que en esa misma suma se encuentra ya un tipo medio o un punto o referencia del progreso o decaimiento de cada grupo vital, en cada tiempo determinado y preciso.

En cuanto a la transmisibilidad y la amenaza para la descendencia, Morell dice explícitamente: «Las condiciones degenerativas en que se encuentran los que han recibido una disposición orgánica decaída, se hallan, no sólo en aquellas manifestaciones de más fácil observación como la pequeñez de la cabeza, la conformación defectuosa o el predominio de determinado temperamento morboso, o en las anomalías de estructura, sino esencial y principalmente en las aberraciones intelectuales y morales.»

En el concepto de Morell del progresivo decaer de la especie; en el de la disolución de las fuerzas hereditarias, que sostiene Feré; en el de un estado morboso que pasa a la descendencia como una disminución de la energía evolutiva (Guifride Ruggiere); en el de la original anomalía de la vida de las especies (Combe Molle, secuaz de la idea de Bailly); en el de la proge- nie que pierde vigor por un detrimento orgánico (Brugia) en el de la proge- nie que pierde fuerza a causa de la lucha por la existencia (Magnan y Legrain) y en otros parecidos conceptos, lo principal y permanente es esto: «que en la degeneración la condición adquirida sobrepasa un círculo vital para extenderse a toda proge- nie» (Petrazzani).

Esa herencia se entiende como la suma de lo que el padre transfiere al hijo; pero como no puede suponer que toda la especie esté degenerada desde su principio, ocurre estudiar en qué punto preciso y concreto comienza ese decaer, ese degenerar de una raza o de una familia. Por eso, decimos antes que sin puntos de referencia hacia atrás no se puede, no se debe hablar de degeneración.

JOSÉ TOMÁS ESCALLON.

(Continuará).

UN OPUSCULO RARO

Entre los numerosos libros, folletos y papeles de toda especie que muchos años há nos remitió un pariente nuestro, que goza ya de mejor vida, tropezámos con un cuaderno en 8.º, impreso en buen papel y tipo grande y claro, de cincuenta y seis páginas. El cuaderno fue editado en Santa Marta en mayo de 1848 en la imprenta de A. Locarno, y lleva el rótulo de *El Extranjero Peregrino*, sin nombre de autor.

Por estar casi borrado por la acción del tiempo se lee con trabajo en la portada el nombre de la persona a quien le fue enviado de Santa Marta a Riohacha en el año mismo de su publicación. Es el de Lorenzo Daza, y de momento no supimos quién pudiera ser ese sujeto aficionado a la lectura de obras de ficción, dado que *El Extranjero Peregrino* es una novela. Luégo recordamos que esa persona había sido un pariente nuestro por el lado materno, fallecido a comienzos de la década del 50 al 60 de la pasada centuria. Tradición de la familia es que ese buen señor murió prematuramente a causa de una dolencia adquirida en el tiempo en que estuvo confinado en Bocas del Toro, de 1844 en adelante. ¿Que por qué estuvo confinado? Ahora lo veréis.